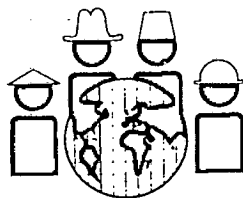


Demetrio Boersner



La Hora Internacional

El último trimestre del año de 1992 se inicia dentro de un ambiente de graves temores con respecto al porvenir de la humanidad.

Como ya lo predijimos en varias ocasiones, el colapso de la URSS y del sistema socialista autoritario no ha abierto las puertas a un nuevo orden de paz y de libertad, sino más bien ha marcado el inicio de una etapa histórica de desorden y de tensión. La súbita desaparición de la autoridad imperial que mantenía el orden en Europa del Este y en Asia Central ha dejado esos territorios sin ley ni cohesión, y en su seno se están desarrollando sangrientos conflictos entre comunidades nacionales, étnicas y confesionales: luchas trágicas que contribuyen al fortalecimiento del fascismo y del fanatismo fundamentalista en el mundo entero y, además, no dejarán de causar enfrentamientos entre grandes potencias.

Al mismo tiempo, la denominación que ejerce sobre el mundo la doctrina y la praxis del conservadurismo neoliberal está agravando los contrastes y los antagonismos entre pueblos y clases. La prédica del neoliberalismo contra el Estado, contra los políticos y contra los partidos socava la confianza de los pueblos en su liderazgo natural, destruye las sanas identidades nacionales y amenaza la democracia. El efecto práctico del capitalismo irrestricto y antisocial que el neoliberalismo pregona es el de concentrar las riquezas del mundo, con una intensidad sin precedentes, en las manos de minorías privilegiadas y de países hegemónicos. Por ello, crecen los odios y las tensiones entre ricos y pobres, tanto a nivel de naciones como de clases sociales y de individuos. Así como el colapso de la URSS abrió la vía a choques nuevos en sentido Este Oeste, la embestida casi totalitaria del neoliberalismo internacional crea las condiciones para terribles enfrentamientos entre el Norte y el Sur.

Dentro de esta perspectiva preocupante, examinaremos algunos de los problemas internacionales concretos del momento.

EL ESTALLIDO DE YUGOSLAVIA

En diversas ocasiones anteriores hemos señalado que las relaciones entre los pueblos que integraban la federación yugoslava —sobre todo entre serbios y croatas— siempre fueron difíciles.

Desde que el Imperio Romano se dividió en dos partes, los habitantes de la actual Serbia quedaron del lado de Bizancio y los pobladores de lo que hoy es Croacia se encontraron en el área de Roma. El gran cisma entre las Iglesias Católica y Ortodoxa ratificó y profundizó esa división, siglos después. La imposición posterior de la dominación turca sobre los serbios y la de Austria y Hungría sobre los croatas y eslovenos terminó por separar a los unos de los otros.

Pero pese a ello, croatas y serbios siguieron hablando un mismo idioma (con apenas leves divergencias) y siempre mantuvieron contactos humanos. Los croatas del siglo diecinueve vieron con admiración la lucha liberadora de los serbios contra el Imperio Otomano y eventualmente la tomaron como ejemplo para su propia causa nacional en contra de la opresión del Imperio Austro-Húngaro. En 1918-1919, cuando dicho Imperio cayó desintegrado, los serbios, croatas y eslovenos de verdad se sintieron unidos como eslavos del Sur en el deseo de formar un solo país. El Reino de Yugoslavia, establecido por el tratado de Trianon en 1919 no fue de ningún modo un «engendro artificial» como hoy lo pretenden algunos tergiversadores de la historia, sino algo que, por el sentir de su población, tenía por lo menos una posibilidad de

éxito.

Lamentablemente los líderes serbios no cumplieron su promesa de dar plena igualdad a los croatas y eslovenos y dentro de pocos años se debilitó y hasta se esfumó el sentimiento de solidaridad de los eslavos del Sur. En Croacia, el movimiento fascista Ustasa, dirigido por Ante Pavelić y apoyado por Mussolini y por Hitler, estimuló los sentimientos antiserbios de sectores de la población croata hasta un nivel de paroxismo sanguinario. Durante la segunda guerra mundial y la ocupación nazi, los ustase realizaron un masivo genocidio de serbios, judíos y gitanos que, por el sadismo de los métodos de tortura y de ejecución, hizo estremecerse de horror hasta a miembros de la SS alemana. Las contra-atrocidades (igualmente inexcusables) cometidas hoy por ciertos serbios en parte se explican por los recuerdos de aquella época, agravados por el hecho de que el régimen croata de Franjo Tuđman se está mostrando complaciente hacia los continuadores o renovadores actuales del movimiento Ustasa.

La memoria de la lucha común de los serbios, montenegrinos, croatas, eslovenos y macedonios patriotas y antifascistas, dirigidos por Tito durante varias décadas sirvió de elemento unificador de una nueva Yugoslavia socialista. Pero en la medida en que se debilitó el entusiasmo renovador y que aparecieron síntomas de descomposición autoritaria y neoclasista, volvieron a la superficie los sentimientos separatistas y de resentimiento u odio contra los pueblos vecinos. Por otra parte, el separatismo croata y esloveno tenía una clara base económica: Croacia y Eslovenia son regiones industrialmente más avanzadas que Serbia, Montenegro y Macedonia, y no quieren dedicar parte de su ingreso al financiamiento del desarrollo de éstas.

Pero a pesar de esos factores desintegradores, es probable que Yugoslavia hubiera encontrado el camino de alguna solución no violenta —un pase pacífico del federalismo a una confederación—, si no se hubiera producido el reconocimiento unilateral y precipitado de la independencia croata y eslovena por Alemania. Sin consultar a sus socios de la Comunidad Europea, el gobierno alemán tomó la mencionada medida, que tuvo el efecto de alentar a los líderes de Croacia y Eslovenia en el camino de la intransigencia y de despertar en los serbios el vivo temor de

que pudiera formarse en su contra una nueva alianza germano-croata. Los dirigentes alemanes alegan que tomaron su precipitada decisión por apego al «principio de la autodeterminación», pero más probable es que actuaron movidos por su afán de recuperar viejas esferas de influencia geopolítica y geoeconómica.

Para no molestar o irritar a Alemania, los demás países de la CE siguieron por el mismo camino, y hoy existe un apoyo demasiado unilateral de Europa del Oeste al bando croata y musulmán en contra del bando serbio, en la guerra que se desenvuelve en el territorio de Bosnia-Herzegovina. En lo esencial, Serbia no es peor que Croacia (y hasta existe en su seno un fuerte movimiento de oposición democrática y pacifista que no tiene ningún equivalente croata). En medio de las múltiples gestiones de paz que realizan la CE y las Naciones Unidas, ya es evidente que existen ambiciones e intereses parcializados. Se percibe la tendencia hacia un alineamiento de potencias. Alemania decidida en su apoyo a Croacia; Rusia cada vez más firme en defensa de Serbia; los Estados Unidos vacilantes, pero tal vez con una creciente comprensión de que no les conviene favorecer las ambiciones germanas; Francia e Inglaterra en posición incómoda, entre su deseo de restablecer un equilibrio en los Balcanes y su temor de ofender a los alemanes.

EUROPA DEL OESTE: LOS FANTASMAS DEL NACIONALISMO Y EL FASCISMO

En Europa occidental quedó demostrada la relativa fragilidad de su proceso integrador y su voluntad de unión. En el seno de los diversos países miembros de la CE, se debilita la fe en la unidad europea y el apoyo al tratado de Maastricht, Francia, cuyo referéndum se consideró como vital para el proceso integrador y el futuro de la CE, se pronunció a favor de Maastricht, pero sólo con la dócil mayoría de 51-49, con una participación electoral del 70 por ciento.

Por otra parte, Europa fue sacudida durante este mes de septiembre por una crisis monetaria grave. Desde hace cierto tiempo funciona en el seno de la CE el

llamado Sistema Monetario Europeo (SME) que vincula las monedas nacionales de los Doce en una forma tal, que su paridad recíproca sólo puede variar o fluctuar en proporciones muy reducidas. Sin embargo, esas pequeñas fluctuaciones demuestran en todo momento cuál es la moneda más fuerte y cuál la más débil, indicando a los gobiernos y los bancos centrales los eventuales correctivos que habría que adoptar para que la correlación monetaria europea sea la más armoniosa posible.

El sistema ha venido siendo socavado desde algún tiempo por la política de tasas de interés indebidamente altas, practicada por el Bundesbank (Banco Federal) de Alemania. Ese país sufre de un alto déficit presupuestario debido a los grandes gastos públicos que le causa la reconstrucción económica de su parte Este (ex-RDA). Para evitar, pese a ello, un debilitamiento del marco en el plano internacional, el Bundesbank ha implantado tasas tan elevadas que el mundo entero ha comenzado a vender sus propias monedas (incluso el dólar) para comprar marcos. En septiembre, la especulación internacional a favor del marco alemán y en detrimento del dólar y de las monedas europeas menos fuertes se hizo tan intensa, que diversos gobiernos tuvieron que adoptar medidas de emergencia, y el Sistema Monetario Europeo se fracturó. El 16 de septiembre, Inglaterra retiró la libra esterlina del SME y la hizo fluctuar libremente. Ya el 9 del mismo mes Suecia, víctima de una desastrosa fuga de capitales, había aumentado su tasa de interés del 16 al 75%, y el 16 el gobernador del Banco Nacional Sueco, Bengt Dennis, adoptó la revolucionaria y drástica medida de subir la tasa del interés bancario ¡al 500 (quinientos) por ciento!

Había estallado la más grande crisis monetaria mundial desde hace más de setenta años. En un ambiente de frenético nerviosismo, comenzaron las reuniones de emergencia de gobernantes, ministros económicos y presidentes de bancos centrales.

Una sola cosa estaba segura: el imperialismo monetario del Banco Federal alemán había triunfado.

El viejo Sistema Monetario Europeo ha dejado de existir, y si se quiere formar uno nuevo (como alternativa a la anarquía monetaria y la guerra económica de todos contra todos), deberá reconocerse formal-

mente la supremacía del marco alemán.

Este hecho, junto con la debilidad de la mayoría del «Si» en Francia, ha demostrado que en Europa el nacionalismo de cada país sigue vivo y fuerte, y que el proceso de integración económica y política del continente deberá ser más gradual y lento, no federalista sino confederal. Sobre todo —y es lo que más preocupa a la mayoría de las naciones europeas— habrá que convivir con una Alemania que recomienza a poner su interés nacional por encima de sus afanes integradores.

Al mismo tiempo que ocurre este relativo refortalecimiento del nacionalismo en el seno de la CE, se presencia otro fenómeno más siniestro y aterrador: el auge de la más salvaje violencia neonazi o neofascista. En Alemania oriental, hundida en recesión y desempleo por efecto de su drástica y rápida des-socialización, pandillas de jóvenes nazis incendian los alojamientos de inmigrantes o refugiados extranjeros, y maltratan o linchan a yugoslavos, polacos; gitanos, albaneses, negros, morenos y trigueños. Esos desmanes se realizan ante los ojos de una población que se muestra pasiva o los aplaude. Y no sólo en Alemania, sino también en los demás países de Europa crecen la xenofobia, el racismo y el apoyo a movimientos fascistas.

EL NEOLIBERALISMO DESTRUYE LA DEMOCRACIA

Todos los fenómenos mencionados hasta ahora el auge de nacionalismo negativos y de corrientes fascistas están relacionados en última instancia con la aplicación, en el mundo entero, de recetas económicas neoliberales: «tratamientos de shock» que liquidan sistemas de equidad social y de protección a los pobres, para dar absoluta libertad y hegemonía al «mercado», es decir, a la concentración de la riqueza en manos de los más rapaces.

El neoliberalismo avanza por el mundo como fuerza organizada y con ambición prácticamente totalitaria. La propaganda de sus portavoces sistemáticamente trata de desprestigiar al Estado, a la Nación cuando se trata de un país en vías de desarrollo, a los políticos («clases» políticas) y a los partidos. La lógica final de esa propaganda sería el establecimiento

to de gobiernos sin parlamentos ni partidos, es decir, regímenes dictatoriales al servicio del «mercado».

La aplicación práctica de las recetas neoliberales en países anteriormente regidos por algún tipo de socialismo o de dirigismo estatal está causando miseria sin precedentes, un mayor contraste entre ricos y pobres y un masivo y desesperante desempleo. Así ocurre en Rusia, donde el señor Yeltsin dio la espalda al empeño de su predecesor Gorbachov de «combinar la eficacia del mercado con la justicia social y la solidaridad», y lanzó un proceso de liberalización y privatización orientado hacia la implantación de un capitalismo salvaje. Por efecto de ello, ya el pueblo ruso está perdiendo su fe en la democracia, pues ésta le parece ser sinónimo de hambre y desocupación, y está comenzando a anhelar la implantación de algún tipo de autoritarismo nacionalista y social.

En América Latina ocurre un proceso análogo. Las democracias políticas que sucedieron al militarismo de décadas pasadas se están desprestigiando por sus políticas de exagerada privatización, desnacionalización y desmantelamiento de mecanismos de protección social. En toda la región crece la desesperación y la violencia.

Otro importante efecto de la aplicación del neoliberalismo, tanto en el área ex-comunista como en Asia, África y Latinoamérica, es el aumento de la emigración de los pueblos de esas regiones hacia los países industrializados en busca de un empleo que ya no consiguen en sus tierras de origen. Pero la creciente presión inmigratoria está alentando al fascismo, al racismo y la xenofobia en las naciones del Norte. La práctica neoliberal tiende a crear un vasto círculo vicioso de desempleo social, migraciones, reacciones nacionalistas y fascistas.

Al mismo tiempo, es una política económica suicida: al reducir la capacidad de consumo de vastos sectores populares dentro de cada país, y de las naciones subdesarrolladas frente a las industrializadas, está propiciando una tendencia estructural recesiva en la economía mundial.

EL SOCIALISMO DEMOCRATICO RESPONDE AL RETO

En medio de este panorama internacional sombrío, violento y preñado de grandes conflictos nacionales y sociales, las fuerzas progresistas, partidarias de la democracia social y la solidaridad, todavía existen y actúan. Pese a todo, y en desafío a las posibilidades apocalípticas, la esperanza no deja de iluminar al ser humano.

La Internacional Socialista, que agrupa a 107 partidos socialistas democráticos o socialdemócratas, es una de las fuerzas populares y progresistas señaladas. Aunque en su seno afloran algunas debilidades y timideces ocasionales, en su conjunto sigue representando las justas aspiraciones de la gente común de todos los países, la causa de quienes piensan que la democracia no sólo debe ser política sino también social y económica, y que creen en la hermandad de todos los seres humanos.

Del 15 al 17 de septiembre, la Internacional celebró su XIX Congreso Mundial en el histórico edificio del Reichstag en la capital alemana de Berlín. El Congreso se saldó en una alentadora reafirmación de los valores del socialismo democrático y de su firme voluntad de lucha para arrebatarse el control del mundo a los representantes del conservadurismo neoliberal.

Willy Brandt, el grande e inolvidable líder, estaba demasiado enfermo para poder asistir al evento, y en su ausencia Felipe González ejerció la presidencia de los debates. El Congreso eligió al dirigente francés Pierre Mauroy como nuevo presidente de la Internacional, en sucesión de Brandt.

Entre los oradores destacados estaba Mijail Gorbachov quien, en esta ocasión, declaró con claridad su determinación de luchar por la causa de la democracia social en Rusia y en el mundo. Su abandono del socialismo autoritario y determinista no significó que se tornara hacia el neoliberalismo: está comprometido con el socialismo democrático. «Lucharé para que la eficiencia productora del liberalismo se combine con la justicia social y la solidaridad», dijo Gorbachov, en desafío a la línea incondicionalmente capitalista de Yeltsin.

Por América Latina hablaron Alan

García y Raúl Alfonsín, además del Vicepresidente de la Internacional, José Francisco Peña Gómez. Alan García denunció el carácter totalitario y antidemocrático del neoliberalismo. Alfonsín fue firme y claro en rechazar la política económica del actual gobierno argentino y en exigir que el Estado siga interviniendo para corregir los abusos y excesos del mercado y dar protección social a las clases de bajo ingreso.

Con gran vigor, la jefa de la delegación de la socialdemocracia canadiense denunció al proyecto de Área Norteamericana de Libre Comercio integrado por Estados Unidos, Canadá y México. El único efecto decisivo de ese esquema, opina ella, sería el de transformar a México en inerte proveedor de mano de obra barata, condenado a permanecer en un subdesarrollo estructural.

Todos los oradores insistieron en que la economía de mercado no debe ser un fin en sí misma, sino un medio para avanzar hacia un sistema de reparto justo de la riqueza y de solidaridad social. Asimismo rechazaron la afirmación del pensador político conservador Dahrendorf, de que «el siglo veinte perteneció a la socialdemocracia, y el XXI será el del liberalismo». Es ahora cuando comienza la época del socialismo democrático —dijeron—, pues éste es el único sucesor idóneo del socialismo autoritario caído. Constituye la única alternativa a la miseria y la anarquía económica universales.

Fue muy escuchado y tomado en cuenta el llamamiento de Alfonsín para que los socialdemócratas busquen alianzas leales y principistas con los sectores avanzados o de ala izquierda del socialcristianismo, así como también con los liberales políticos y socialmente sensibles.

El Congreso finalizó con las notas del viejo y noble himno de los oprimidos de toda la tierra: la Internacional. Así ratificó su compromiso con esa «lucha final» que es de todos los días y todos los países, y no terminará jamás.

